

EL CASTILLO DE MONTEFRÍO.

La lámina que va al frente de este número, es una copia del hermoso castillo que se encuentra en la villa de Montefrío, población de Andalucía que cuenta unos 1800 vecinos. La vista de la fortaleza, cuya imponente masa se destaca sobre el azul del cielo en lo alto de la peña que la sirve de cimiento, está tomada desde la casa llamada del Pozo, en la calle titulada del Carmen. Aunque todavía se mantienen en pie los principales muros de esta construcción antigua, el estado ruinoso en que se encuentra, hace esperar que antes de mucho la mano del tiempo podrá más que la solidez con que la obra estaba construída, y no quedará de ella otro recuerdo que el que consignamos hoy en el SEMANARIO.

FR. DIEGO DE DEZA.

Cualesquiera que sean los méritos y privadas virtudes de Fr. Diego de Deza, no por eso sólo creeríamos suficientemente justificado el empeño de sacar por un momento su nombre del olvido. Los merecimientos particulares de un hombre alcanzan estrechísimo espacio, y se va debilitando su influjo á medida que se dilatan, semejantes á los círculos formados en el agua, que cuando tocan á sus últimos términos apenas son perceptibles, y acaban por desaparecer sin dejar huella. Los honores, dignidades y riquezas por sí solas, mas bien que de blason pudieran servir de censura, pues grave es, á nuestro juicio, la de no poder enumerar en el panegirico de algun personaje mas que los altos puestos que ocupara y las crecidas rentas que por ellos percibía. Si la historia consiste en narrar la vida activa de la humanidad, nadie deberá ocupar puesto en ella fuera de los que han influido en esa vida. Fr. Diego de Deza tiene en esta parte un título relevante; amigo y protector de Cristóbal Colón, comprendió la inmensidad de sus proyectos, se asoció á ellos, empleó en su beneficio la influencia que ejercía en el ánimo de los reyes católicos, y acaso sin su auxilio no hubiera Colón sacado entonces de las aguas aquel olvidado mundo. Hé ahí el título que tiene Deza á los recuerdos de la posteridad.

Descendiente de una noble familia portuguesa, que se acrecentó en España cuando el casamiento de don Juan I con doña Beatriz de Portugal, nació en la ciudad de Toro

en 1443 y tomó el hábito en el convento dominicano de San Idefonso el Real. Su instrucción, de que dejó muestras en varias obras teológicas, le valió mediante oposición, la cátedra de prima de teología en Salamanca, y el nombramiento de ayo del príncipe don Juan, á quien tuvo bajo su cuidado desde la edad de ocho años. Entonces le dieron el obispado de Zamora, y después (en 1493) el de Salamanca.

Hallábase en esta última ciudad con el príncipe, que acababa de entazarse á doña Margarita, hija del emperador Maximiliano, cuando la muerte arrebató á aquel jóven en quien tantas y tan lisonjeras esperanzas se citaban. Deza le amaba con estremo, y por eso, después de dejarle sepultado en el convento de Santo Tomás de Avila, resistió volver á un pueblo que conservaba recuerdos tan tristes para su corazón. Se le trasladó con este motivo á la iglesia de Jaen; y poco después sucedió al célebre Torquemada en el oficio de inquisidor general, desempeñando con entereza aquella terrible magistratura. El ánimo se resistió á elogiarle por ello; tampoco le censuraremos á la ligera, porque para fallar tan grave causa no basta apreciar las ideas y necesidades de entonces, solo por las ideas y necesidades de ahora.

Los reyes le nombraron á poco su confesor, llevándole al obispado de Palencia, el mas rico de España en aquella época, para tenerla cerca de la corte: allí permaneció hasta la muerte de doña Isabel (en 1504) que le designó por uno de sus testamentarios. En el mismo año le elevó don Fernando al arzobispado de Sevilla. Renunció muerto el rey católico, el cargo de inquisidor, el cual se fraccionó en dos secciones, una para los reinos de Castilla y Leon, que cupo al arzobispo Gimenez de Cisneros, y otra para Aragón, á cuyo frente se puso á Fr. Juan Enguerra. Fue nombrado por último (en 1532) arzobispo de Toledo, cuya sede no llegó á ocupar por haber muerto en Sevilla á los 80 años de edad, el día 9 de junio de 1523. Se le enterró en el colegio de Santo Tomás en un sepulcro de alabastro, sobre el que estaba su busto, con un león á los pies. Cuenta que se puso en memoria de uno que tuvo en su casa el arzobispo, tan manso que ponía sobre él los pies para calentárselos. Cuanto es esto de seguro, pues el león tendría allí el mismo sentido alegórico de los que se colocaban junto á la estatua de los guerreros muertos honrosamente en el campo.

Hizo Deza muchas fundaciones piadosas, mereciendo por su amor á los pobres ser llamado *Fr. Diego de Deza el bueno*. Fundó el colegio de Santo Tomás de Sevilla, que dió origen á la universidad, luego que Paulo III estendió á todos los que estudiaban en él las gracias concedidas á los colegiales por Leon X, y que el emperador Carlos V otorgó á sus graduados las mismas consideraciones que gozaban los de Salamanca y otras universidades.

Es comun creencia la de que Colon fué enviado á someter un gran proyecto al juicio de los cosmógrafos de la universidad de Salamanca. Dícese tambien que le calificaron de visionario, y se repite con énfasis el peregrino argumento del catedrático, que haciéndose cargo de la figura esférica de la tierra comprendía bien que las naos pudiesen bajar, pero no atinaba como habian de conseguir luego la subida. Otra fué sin embargo la acogida que obtuvo el famoso genovés, y en ella no tocó poca parte á Fr. Diego de Deza.

Sabido es que el primero que empezó á levantar el ánimo decaído de aquel fué Fr. Juan Perez de Marchena, prior del convento franciscano de la Rabida. Tal vez á sus recomendaciones debiera la proteccion que le prestó Deza; por lo menos es cierto que fué bien recibido por los religiosos de San Estevan de Salamanca; que en el convento y en granja de Valcubra se celebraron las conferencias; que en el estuvo Colon generosamente hospedado, y que Deza tomó tan á su cargo el acreditarle y favorecerle que no solo le pagaba el gasto que hacía en la corte, sino que trabajaba para que los reyes creyesen y ayudasen á Colon en lo que pedía, segun refiere Fr. Antonio de Remesal en su historia de Guatemala (lib. 7, cap. 7). Lo mismo afirma el maestro Fernando de Anayo en la historia manuscrita del referido convento. Léese en ella, «que el mismo Cristobal Colon en una carta que escribió á los reyes, les dice que deben las Indias al convento de San Estevan de Salamanca y á Fr. Diego de Deza.» Esta carta, declara haberla visto el célebre Bartolomé de las Casas (historia general de las Indias, libro 4, cap. 29); la menciona tambien Fr. Antonio Gonzalez en su Memorial del estado de la órden de Sto. Domingo en el reino del Perú, y lo asevera por fin Pizarro en la *historia de los varones ilustres del nuevo mundo* (cap. 3.^o). El citado convento de San Estevan, en una súplica que elevó á Felipe V, referia que Colon llegó el día 1.^o de 1484, y que volvieron con él á la Corte el prelado y otros religiosos, los que informaron á sus magestades de lo seguro ó importante del asunto.

Este suceso, en que tanto influyó Fr. Diego de Deza, basta para librar su nombre del olvido, así como ha salvado el del prior de la Rabida. La gloria de Colon es inmensa, y un rayo de ella ilumina á los que sostuvieron su espíritu abatido; á los que le abrieron, por decirlo así, el camino para llegar á esa tierra, *virgen del mundo*, como la ha llamado uno de nuestros poetas.

A. GIL SANZ.

LOS ULTIMOS AMORES.

VI.

Tomasillo, que era el encanto de las dueñas y el entretenimiento de las mozas de servicio, hallábase una tarde de solaz honesto, jugando á la gallinita ciega, y repartiendo abrazos ó pellizcos segun la vieja catadura, ó la fresca mejilla que le deparaba su fortuna encontrarse á tientas; bien es verdad que las mozuclas tapábanle los ojos tan desahogadamente, que, atizando la cabeza como sabueso que olfatea, podía vislumbrar las peritas de las doncellas, y aunque no venia muy á pelo, cuando se abrazaba con alguna, solía decirle en voz baja y á guisa de requiebro «que por la penna habia sacado al santo.» Inútil es advertir que Mariquilla era siempre la mas torpe, la que se enredaba con mas facilidad en los brazos del pájecillo y la que se encargaba casi siempre de ponerle la venda. Ella chiquita como una peonza, y el sueño y crecido como un cnebro, ella risueña, y él no melancólico, ella no tímida, y él descarado como unas pascuas de carnestolendas, ella no poco inclinada al mancheo, y el mancheo muy mucho propenso á requiebrar la muchacha, resultaba que la stadura del uedo solia ser mas pesada

que la desatadura del que llaman *gordiano*, consistiendo la tardanza en que Marica tenia que apoyarse en las puntitas de los pies para llegarle á la puntita de los cabellos, y en aquella estraña postura solia su pecho buscar el equilibrio apoyándose en el del prójimo vendado, y los brazos cansados del estiron se sostenian igualmente en los hombros de Tomasillo, que todo lo sufría como un cordero, permitiéndose ciertas sencillas inocentadas, como la de hacerla cosquillas en las caderas, cosa que descomponia á la muchacha, y la obligaba á dejarse caer entre sus brazos, mientras celebraban el agudo discurso del mozo todas las presentes, de todas edades y condiciones, con descompuestas carcajadas. Las dueñas contentábanse con morderse los labios, lanzar suspiros y tomar polvos; de lo que se deduce claramente que ya en aquella época habia tabaco, por lo menos de yerbas aromáticas.

Hallábase, pues, como decia, Tomasillo en una de aquellas tardes en lo mas divertido de uno de sus juegos, cuando un escudero que entró precipitadamente en la sala distrajo la atencion de las jugadoras.

—Tomás el pije? preguntó.

—Ese que veis vendado y con las manos á la espalda? le respondió la dueña Quiteria, que fué la que mas reposadamente supo hacerlo. Tomasillo al oirse nombrar, quitóse la venda y habiéndolo reconocido al que venia en su busca, acudió á su recibo. Cambiaron algunas razones en voz baja, cuyo resultado fué que ambos hicieron una reverente cortesía á las atónitas y curiosas mozuclas, marchándose en seguida precipitadamente. Acudieron todas á la ventana y los vieron desaparecer en breve por detras de las tapias del monasterio. Las jóvenes quisieron renovar sus juegos, pero no hacían mas que repetir lo que en el dia pasa por refrán y tendria acaso su origen por entonces, *pan con pan comido de tantos*. Debían ser la mayor parte muy discretas, y todas se conoca que quisieron por lo menos pasar por tales, pues se fueron desanimando, hasta que por último se dispersaron. Las dueñas imitaron su ejemplo á escepcion de Quiteria, que permaneció en la ventana, clavados sus ojos en el monasterio y absorta con sus ideas. Marica, que sin duda se habia retirado con sus amigas para no hacerse notar, volvió á los pocos momentos á entrar en la sala; y acercándose á su tía la preguntó con duda y desconfianza:

«Era hoy el día decidido?»

—Sí, hoy era! Y acostumbrada desde mi niñez á augurar mal de todo, no sé por qué me entristecon esas ráfagas moradas que cubren la Oecla del monasterio!

—Antes no érais tan agorera!

—Verdad es. Desde que don Diego...! Volvióse la dueña para mirar si podía ser sorprendida, y tranquilizada de que ninguno las escuchaba, prosiguió diciendo: Ese hombre es el mismo Lucifer. Si le hubieras visto la última noche que vino á consultarme sobre el éxito de sus amores te hubieses asombrado! Yo desahucé sus esperanzas, pero él entonces clavándome sus dedos como garfios en la garganta, y empuñando enfurecido y frenético el puñal que le pendia de la cintura, me le apoyó sobre el corazon, diciéndome con sonrisa amenazadora: «Puesto que tus conjuros ya ves que no te libertan de mis manos y que no alcanza tu magia á hacer que se embote la punta de este hierro, ay de tí, sino me haces dueño de Serafina.» Prometile cuanto quiso; verdad es que él me hubiere ahogado como á un pollo, y sin importarsele un ardite. Desde entonces ando como una azacana, proporcionándole entrevistas y facilitándole coyunturas de ver á Serafina. Dios me perdona la que la martirizo, siquiera en cuenta de la buena intencion con que lo hago, pues dicen que la conservacion del individuo es uno de nuestros mas importantes deberes. Así es que, si yo estoy decidida á entregarla en manos de ese demonio, es únicamente porque este es el solo arbitrio que me queda para librarme de sus garras!

—La caridad bien ordenada empieza por sí mismo!

—No ves hácia aquel extremo una nube de polvo?

—Sí, y aun se percibe el galope de varios caballos.

—La reina pensaba salir á sestejar al monte.

—Pero precisamente llevaban el camino contrario.

—Eso es lo que me estraña. Si; ya se ven claramente una dama y dos ginetas que la siguen.

—Que quieren seguirla, díreis, porque sus caballos van á una distancia grande del de la señora.

—Sin duda va desbocado.

—No puede ser menos. Si no se inclina hácia aquel lado

se estrella contra aquella encaña que está al bordo del camino.

—¡Feliz! se dirije hacia la zanja.

—¡Jesús mil veces!

—San Lorenzo la ampare! Terrible caída; el animal la ha arrojado contra aquellos peñascales, y debe haberse quedado en el sitio porque permanece inmóvil.

—Oh día de desdichas! Y aun no han desaparecido esas nubes negras que cubrían la cúpula del monasterio; quizá nos aguardan mayores contratiempos!

—El mal nunca viene solo! Corramos, corramos á favorecerla.

Interín se apresuraron á salir á su encuentro, ya los dos caballeros que seguían, aunque de lejos, el corcel desbocado, habían llegado al lugar de la catástrofe, y prodigaban los escasos auxilios que la soledad les permitía á la hermosa jóven, que, sin dar la mas leve señal de vida, permanecía en el suelo anegada en la sangre que de su sien brotaba por una ancha herida.

—Don Alvaro, no os desmayeis, aun respira.

—No era para mí amor premio tan apetecido! Serafina, Serafina, respóndeme!

—Ayúdame á sostenerla. Su corazón late aunque imperceptiblemente. Dios, que ve vuestra amargura, reparará calamidad tan grande! Sostenedla así la frente, para que no padezca la mas ligera conmoción. Corramos á esa casa que tan cerca se divisa.... Animo, ánimo. Nos llegan socorros: ved esas dos mugeres que se adelantan con búcaros de agua, y con esencias.

—Ay Serafina! que antes de poder llamarte mía te lloro perdida! Por qué solé que tus amores florecieran para mí y tú, Dios que consientes la desesparación de los que amon, por qué les peronitas la ilusión y la esperanza! Serafina! Mañana debiste dormir en mi lecho y coronada de flores, y mañana descansarás quizá en un féretro y cotonada de verbena! El traje blanco de desposada se ha convertido en un sudario! Yo maldigo de mí!

—Por Dios, don Alvaro. No la habeis sentido estremecerse! Creéis que porque esté desmayada no comprende quizá su corazón el vuestro? Por qué queréis irritar ahora ese Dios, cuya misericordia necesitais!

Don Alvaro se contuvo, pero soltó el comprimido llanto. En aquel momento llegaron cerca de la casa, y Quiteria se apresuró á ofrecerles cuanto llevaban; pero al adelantarse á frotar con un agua espirituosa las sienes de la jóven desmayada, lanzó un ay prolongado, púsose pálida como una azucena, y prorumpió en quejas y exclamaciones de dolor que hubieran enternecido las piedras.

«Serafina, eres tú, Serafina mía! Con que la desgracia es inevitable? Con que el destino que te hubiera sido funesto llegando á los montes, te ha conducido igualmente al precipicio, aunque por opuesto camino!

—Qué estáis diciendo, señora, prorumpió don Alvaro, en tanto que su amigo y Mariquilla frotaban los pulsos y las sienes de la infeliz sobrina del marqués, procurando restañar la sangre, que como de un manantial cortia abundante, empapando los rubios y largos cabellos de la malograda doncella.

—Don Alvaro, yo os lo contaré todo para que me avergonceis, para que me piseis con vuestras botas....

—Bien, en otra ocasión; Serafina va recobrando el sentido; conducámosla á un aposento cómodo; la tranquilidad es indispensable para conservar su preciosa vida. Don Alvaro, aun no la hemos perdido. Mientras conserve un resto de existencia, no debemos pensar sino en salvarla.... Si Dios dispone que la perdamos, entonces es la ocasión, en que yo mismo os armaré el brazo para la venganza, si había, como sospecho, y lo manifiestan las interrumpidas frases de esa dueña, algún traidor que os quiso robar tan inestimable tesoro!

Callaron todos, y en el mayor silencio, y con cuantas precauciones fueron imaginables, condujeron la jóven á un gabinete reservado, y la colocaron en un sillón cómodo y elegante. Serafina lanzó un ay! que hizo latir de esperanzas el corazón de todos. Don Rodrigo, comprendiendo el inmenso dolor de su desventurado amigo, lo apartó del lado de su infeliz y prometida esposa, tranquilizándole con que Serafina se veria fielmente asistida. Acudieron varias damas presurosas á prodigar sus inútiles socorros á la jóven desmayada. Arredilláronse las unas á sus pies, y con sus besos procuraban dar calor á sus heladas manos; en tanto que la

dueña, habiéndose desembarazado de la toca para obrar con mas soltura, colocaba la mano sobre el corazón de Serafina, para sentir el movimiento de sus latidos; mirándola con tanto interés y pronunciando, aunque en voz baja, palabras tan llenas de desconsuelo, que hacian derramar lágrimas de ternura á cuantos presenciaban tan dolorosa escena.

VII.

Don Alvaro, es posible?

—Sí, señor marqués, es indudable: Quiteria se ha arrojado á mis plantas y me lo ha confesado. El plan de don Diego era apoderarse de Serafina en la confusión de la caza; tenía prevenidos caballos de posta hasta la frontera, y unos cincuenta aventureros italianos, con los que peccaba, si el acaso no le favorecia, arrebatar á viva fuerza á vuestra inocente y desdichada sobrina.

—¡Insensato!

—El caballo que montaba Serafina dicen que estaba tan enseñado á la compañía de otros de los que acompañaban á don Diego, que por instinto el animal solo bastaria á conducirla entre los suyos. Por fortuna, ó por desgracia, vuestra sobrina es diestrisima en la equitación y no se deja gobernar por el corcel que monta. Sus esfuerzos por contenerle y su destreza en guiarle enfurecieron sin duda al animal fogoso que se desbocó. El triste fin de Serafina ya le sabeis; en ese cuarto está moribunda!

—Dios de bondad, yo aplaudo tu justicia. Don Alvaro, yo la amaba como padre; por grande que vuestro amor sea no equivale á mi adoración por ese ángel, que fué el sosten de mi ancianidad, el regalo de mi juventud y la compañera de todas mis dichas. Y sin embargo, yo os lo confieso, prefiero verla morir en la flor de su juventud, y remontar al seno de los ángeles tan pura y tan celestial como ellos, que no llorar su infancia, ó verla entre los brazos de ese hombre villano y licencioso.

—Ah! Quizá teneis razon! Pero de todos modos para siempre la perdemos.

—Para siempre no; en el cielo se reunen los que se amaron con la idolatría que nosotros nos amábamos!

Se abrazaron el mozo y el anciano, y ambos soltaron el llanto comprimido; pero en breve se repusieron y continuaron paseando por la ancha sala y conversando tranquilamente.

—Sí; don Alvaro. Quiteria me ha pedido licencia para retirarse á un monasterio, y yo se la he concedido. Si Serafina nos vive, no tendrá á su lado criados infieles ni encubridores. En cuanto á la venganza, Dios se ha encargado de dárnosla cumplida, pues segun me han dicho don Diego ha caído en un mortal parasismo, y al volver de él presenta todos los síntomas de un hombre que ha perdido la razon.

—Ah! señor marqués, cuando yo lo escupa en medio de su rostro yo se la volveré, y le haré empuñar una espada que deshonra para cruzarla en la mía, porque tengo ansia de su sangre.

—Si don Diego está en el caso de batirse, conmigo será el duelo. Vos aun no podeis defender otros derechos que los de amante, que son los que os han querido disputar; pero yo, defendiendo el honor de mi sobrina, el nombre de mis mayores, la muerte de la última heredera de mi sangre.

—Señor!

—Vamos; pues me parece que oigo rumor en el gabinete de Serafina.

—Es cierto! Cielos! por qué se hiela mi corazón!

—Qué os asombra su muerte?... Muere honrada!.. consolaos!

Cogió del brazo el anciano al aturrido y lloroso jóven, y le hizo entrar en la estancia inmediata, cerrando tras si la puerta con mano vigorosa.

CONCLUSION.

Adios, amigos míos! decía Serafina incorporada sobre el lecho de muerte, y estrechando contra su corazón las manos del marqués y de don Alvaro. Concluye mi peregrinacion sobre la tierra! No os afligais; nos reuniremos junto al trono del Señor. Allí donde la esperanza es siempre bella y deliciosa, allí donde el amor no muere, ni tiene sobresaltos y mudanzas. Don Alvaro, desolárais la voz de Serafina en sus últimos momentos?

—Ah!

—Os pido que sobrallevéis vuestro infortunio con resignación. Volved los ojos á ese anciano, padre para mí, y amigo vuestro generoso y franco. No le abandonéis en su vejez. Llenad en su corazón el lugar que le merecía su amante sobrina! recordadle mi ternura con vuestros obsequios, y mezclad á vuestros tristes coloquios el nombre de la pobre Serafina! Es cuanto exijo de vuestro amor: de ese amor que el cielo no ha consentido que florezca sobre la tierra, porque merecía solo las brisas del cielo!

—Sobrina de mi alma!

—Esposa prometida mía! no nos abandonéis!

—Mi muerte es la corona de mi vida. Yo la esperaba: verdad, padre mío?

—Así es: tu espíritu no se ha apartado nunca de su Dios, exclamó el sacerdote, que con el Cristo de metal estrechado sobre su corazón murmuraba las plegarias que se rezan en la agonía de las almas.

—Dios hablaba á mi entendimiento: y una fuerza inexplicable me hacia huir de las fiestas bulliciosas. Jamás he podido ver un caballo sin estremecerme: y ni un solo día me he atrevido á salir á sestear al monte, sin encomendarme primero á ese santísimo Cristo! Sin duda preveía yo el fin de mis días! Los pocos azares que en ella me han sucedido siempre han sido de resultas de algun corcel: y ayer mismo, solo despues de reconciliarme con Dios, y de recibir el sacramento de la Eucaristia, fué cuando me decidí á partir para Cetraria. La providencia de Dios es grande, el hombre no debe comprenderla sino adorarla. Yo me resigno á mi suerte: conformaos con la vuestra.

—Serafina!

—Vuestra voz se debilita!

—Hija, exclamó el religioso, vuestros primeros amores pertenecieron al mundo: vuestros últimos momentos son del Señor!

—Sí,.... adios.... dejadme!

Aun nos veremos! gritó don Alvaro, á quien hacían salir del gabinete.

—Sí, amigo mío, nos veremos!

El religioso apoyó el Cristo contra los labios de la enferma; todos habian desaparecido de la estancia.

Algunas horas despues, era pública la muerte de Serafina. Todos manifestaron el mas hondo sentimiento por tan sensible pérdida; solo en el marqués y en don Alvaro parecian cegadas las fuentes del dolor.

Vedlos atravesar por esa calle desierta, ambozados en sus capas como dos espectros; ya suben esa escalera de cañacol; ya se hallan en ese salon sombrío, y en presencia del hombre que aborrecen.

—Infame! gritó el marqués á don Diego! Los que amamos á Serafina debemos seguirla á su última mansion.

—Ha muerto! murmuró don Diego con voz desfallecida y bucca; sí, debemos seguirla!

—Mal caballero, tu vida no puede ser bastante espacion para la suya: pero, pues no hay otro desagravio, quiero toda tu sangre por ella.

—No responde!

—Villano, á qué pretendes engañar nuestra ira. No nos persuadirás como á muchos, que tu razon se ha extraviado: yo sabré volverte el juicio.—Defiendete.... No respondes! ¿á este agravio callarás tambien? Arrojóle don Alvaro con furia su guante á la cara, pero don Diego permaneció impassible como una estatua de piedra. El marqués se acercó á contemplarle mas de cerca; y se le figuró que de sus ojos brotaban dos lágrimas de sangre. Don Alvaro, sin ser dueño de reprimir su ira, adelantóse de nuevo, y volvió á gritarle: «Vive Dios que si creeré en tu locura, si permaneces aun impassible despues de esta afrenta.» Y descargó en su frente una tremenda hofetada, que resonó como una maza de cobre sobre una plancha de metal. Don Diego vaciló, abrió los brazos maquinalmente, y cayó sentado sobre un sillón antiguo que á sus espaldas tenia.

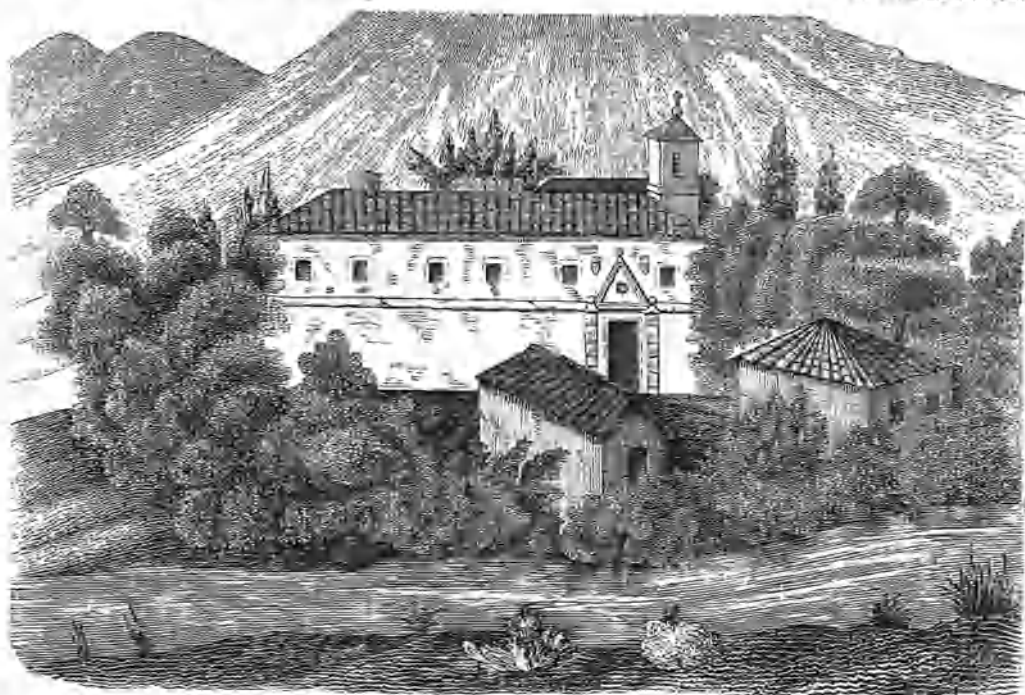
Mirárouse con asombro el anciano y el mancebo. Sus ojos se fijaron con pavor en el pálido semblante de don Diego, en cuyas miradas brillaba la mas estúpida y bárbara alegría.

—Está loco!

—Sí. Está loco. Dios nos ha negado hasta la venganza. Salieron del aposento, y no se les ha vuelto á ver mas, pues partieron para Alemania á tomar parte en las guerras de Flandes.

Don Diego vivió aun un año encerrado en aquel aposento sombrío, sentado en el mismo sillón; apoyado casi siempre en su mano derecha meditando y sufriendo! Al cumplir el año, murió, y la profecía de Quiteria se cumplió en todas sus partes, porque aquellos habian sido sus últimos amores. Esta vivió en un convento, arrepentida y contrita. Tomasillo asistió leal á don Diego hasta sus últimos instantes, y acaso fué el único que veló por su enterramiento, y el solo que derramó una lágrima sobre su sepulcro. Habiendo heredado grandes riquezas de su amo, y acordándose de sus travesuras de paje, quiso ausentarse de Madrid, dejando memoria de lo mas notable, cual fué encalabrinar á la Mariquilla, hacerla descarrar de su taberna, y obligarla á correr por esos mundos de Dios, enamorada como una perdida de su agudeza, gentil donaire, y sendos doblones, que gastaron alegremente, hasta que agotándose del todo, volvió al oficio escudero, y alta á la taberna del buen Juan, que al fin la admitió en su casa, como el padre de la escritura al hijo pródigo, celebrando con un banquete la gloriosa aparicion de Mariquilla la Pelona.

G. ROMERO LARRAÑAGA.



Vista de la iglesia de San Pedro de Villanueva.

SAN PEDRO DE VILLANUEVA. (1)

«Los bajos relieves de S. Pedro de Villanueva forman una historia en piedra, sino labrada en piedra.»
(Sandoval.—Libro de los cinco obispos.)

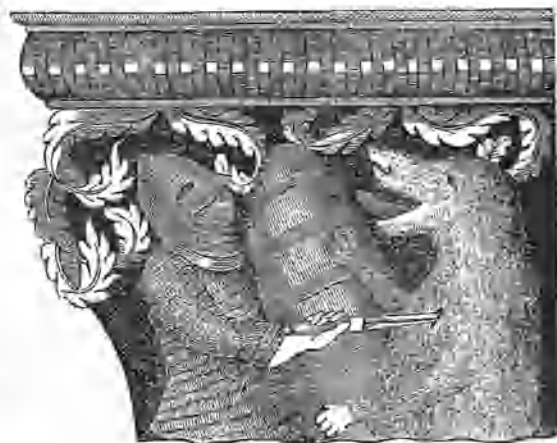
En las poéticas tiberas del río *Sella*, al pie de una elevadísima montaña, y en situación la más amena y pintoresca, se alza un modesto edificio casi abandonado, y que por do quiera se arruina. Sin embargo era un deber de los españoles conservarlo con esmero, pues además de los recuerdos históricos que encierran sus pardos muros, es tal vez el más notable de España, por ser uno de los escasísimos tipos que en Europa restan de la arquitectura y de la escultura de los godos (2).

Para encontrar el origen de la fábrica del monasterio de Villanueva, nombre que se lee en antiguas crónicas, hemos de retroceder á los tiempos heroicos de la restauración de la monarquía, y recordar los nombres de los primeros reyes que florecieron en aquellas épocas de honor, de patriotismo y de valor.

Corría el año de 737 de la era vulgar, cuando el célebre rey don Pelayo cargado de años, y esclarecido por sus proezas, pasó de esta vida (3) y le sucedió su hijo Fafila ó Favila. Las esperanzas que en este joven príncipe tenían puestas los cristianos españoles fueron bien pronto desechadas por su temprana é inesperada muerte, que acaeció cumplidos apenas dos años, desde que en el trono asturiano se sentara. «A causa del poco tiempo que reinó, dice el apreciable crónicon, escrito por Alfonso el Magno, nada hizo digno de la historia.» Mas lo que los cronistas no encontraron en su vida, lo encontraron en su muerte, que fué mas desastrosa y triste que la de ningun otro rey de España.

Ocupábase Favila de continuo en la belicosa diversion de la caza, y empeñado en seguimiento de un bravísimo oso en el monte *Olicia* (hoy *Osuna*) cerca de Cangas, donde estaba la corte, fue lastimosamente descuartizado por la fiera antes que sus monteros pudiesen socorrerle (4). Suceso tan terrible y nunca oído llenó de consternación á los astures, pero en especial á la reina Froiliva, y á Hormesinda, hermana de Favila, desposada algunos años antes con Alfonso, duque de Cantabria, apellidado despues el Católico, y el primero de su nombre entre los monarcas españoles. Moraban ambos esposos á la sazón en un palacio de campo muy cercano á Cangas, y al lugar de la tragedia, y Hormesinda, deseosa de consagrar un perpetuo recuerdo á su desventurado hermano, rogó á don Alfonso convitiéndose su vivienda en un templo tan suntuoso y magnífico cuanto fuese dable en tan cataclísmicos tiempos. Los piadosos deseos de la noble hija de Pelayo fueron cumplidos, y su esposo erigió allí una iglesia dedicada á Santa María, de quien era muy devoto, y á la que fabricara tambien el célebre santuario de Covadonga. El sitio en que murió Favila fué tambien señalado con una cruz que se conservaba en los siglos XVI y XVII, pero que hoy no se vé ya (5). La dotación de Santa María de Villanueva es sin embargo posterior á su fundación algunos años, segun se deduce de la escritura que menciona Yepes, en la que se lee que los reyes Alfonso y Hormesinda, el día 21 de febrero del año de Cristo de 748, despues de

señalarle términos, le donan la iglesia de Santa Cruz de Cangas, fundación de Favila y Froiliva, y la mitad de los diezmos de todo el país cercano á Covadonga, en cuya posesión continuaba Villanueva en el reinado de Felipe II, segun nos dice Morales (1). Desde su principio fué esta iglesia parroquial, y en tiempos mas próximos donada á los monjes de San Benito que fundaron allí un pequeño monasterio, y cambiaron la antigua advocación por la de San Pedro de Villanueva, que hoy conserva. La parte material del templo sufrió muchas renovaciones, y el monasterio se reedificó totalmente el año de 1687, fecha que se vé escrita sobre la portada del mismo. Poco por consiguiente ofrece de notable, á no ser algunos bellísimos restos del antiguo que subsisten aún; tales son las columnas bizantinas que adornan la escalera principal, y que datan al parecer del reinado de Alfonso I, y varias tumbas labradas de excelente gusto, y contemporáneas de una lindísima pila bautismal que fué fabricada en el siglo XII, segun consta de una inscripción latina que en ella se vé esculpida (2). El monasterio fué siempre habitado por escaso número de monjes; á la época de la esclaustración solo habia seis, y sus rentas ascendían á 7000 ducados. No es por lo que acabamos de decir, el monasterio el que es digno de fijar la atención del arqueólogo y del historiador, sino la vieja iglesia de la que subsisten aun la capilla mayor, y la portada, ambas de arquitectura bizantina, y del tiempo de los reyes fundadores. Hicieron estos colocar á uno y otro lado de la puerta dos grandes piedras en que se veían esculpidas varias figuras, que representaban la historia de Favila, las que nos describe en el siglo XVI el obispo Sandoval diciendo: «En una está un caballero cubierto de maila, y una celada en la cabeza, un azor en la mano y á caballo, y una muger que se abraza con él, y como que quería detenerlo. Al otro lado del arco están estas mismas figuras, y besándose, que debia de ser cuando ya no bastaban los ruegos de la reina para detener al rey. En otra parte está el mismo caballero armado, y con el yelmo ó celada, abrazado el pavés que le cubre de pies á cabeza, y la espada



metida por el cuerpo del oso, y el oso presas ambas manos en el pavés, y abierta la boca.» Las dos referidas piedras ó bajo relieves de que habla Sandoval, habian desaparecido ya en el siglo pasado en que el P. Florez visitó á Villanueva, y copió algunas esculturas que publicó en las reimpresiones católicas. Entonces como ahora solo permanecían en la portada tres chapiteles, dos de columna y uno de pilastra (3), en los que además de varias ojas volteadas graciosamente, se ven aun varias figuras bien conservadas y esculpidas con pasmosa profundidad, que aluden á la muerte de Favila, objeto de la fundación de este templo. En uno de ellos se vé á Froiliva á la puerta de un suntuoso, aunque sencillo palacio ó castillo;

(1) Para la redacción de este artículo se tuvieron á la vista además de la inspección del sitio, las obras siguientes: Sandoval, Libro de los cinco obispos; Carballo, antigüedades de Asturias; Trellas, Asturias ilustrada; Morales, Viajes; Florez, Reinas Católicas; Risco, continuación de la España Sagrada; Yepes, crónica de la orden de San Benito; Romey, historia de España.

(2) El juicioso y erudito escritor Romey en su historia de España hace mención de esta iglesia cuando describe el traje de los godos diciendo: «Poco se diferenciaban en traje soldados y ciudadanos; pues llevaban un sayo corto de lana ó piel, y grandísimos calzones muy forrados, y así aparecen representados en dos monumentos de diversa época, pero de igual autoridad histórica, á saber: sobre la columna de Arcadio en Constantinopla, y en la portada de la iglesia de San Pedro de Villanueva.»

(3) Mariana, historia general de España.

(4) Favila filius ejus (Pelagii) regnavit ann. II. Iste levitate ductus abussu est interficius. (Crónica de Albolder).

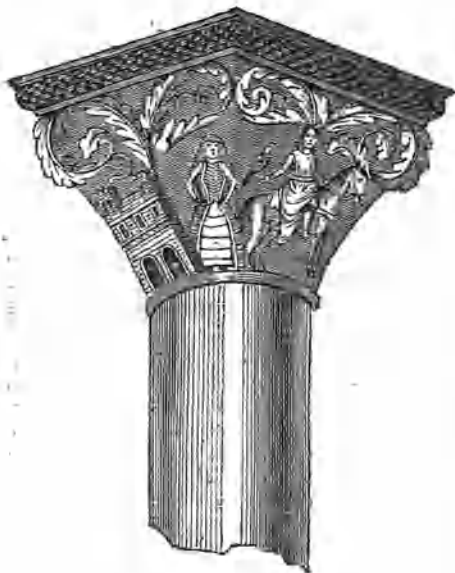
(5) Morales y Carballo hacen mención de esta cruz, el primero en el Viaje Santo, y el segundo en las Antigüedades de Asturias.

(1) Los monjes no tienen una sola letra de privilegios; pero tengo por verosímil haberlo fundado el espresado príncipe (Alfonso el Católico) por ser del monasterio la iglesia de Santa Cruz, y la mitad de los diezmos de todo lo de Covadonga. (Morales).

(2) Hoy está abandonada en el patio principal.

(3) Véanse los grabados que acompañan este artículo.

flanqueado de dos torres almenadas, y á Fafila montado en un caballo enjaezado, con un alcon en la mano derecha, y en acción de marchar. Véase la reina en actitud poco noble, con ambas manos en la cintura, y fué, según Florez, representada así, por haber quedado en tal postura sobrecogida de espanto cuando le participaron de improviso la desgracia de su muy amado esposo. Su traje es rarísimo, pero no ca-



rece de elegancia y magestad. Compónese al parecer de dos lúnicas, la exterior sin mangas, y abierta de arriba abajo por ambos costados. Desde el pecho á la cintura parece cerrada con botones, y de allí á los pies con alamares que dejan ver la túnica interior que es de poco vuelo, y mangas ceñidas. Finalmente, un velo largo hasta el tallo, y ceñido á la espalda cubre su cabeza. El rey lleva como su esposa también dos túnicas de poco vuelo, y la exterior, que no tiene mangas se asemeja bastante á una sotana, y está sujeta por un rico ceñidor. Su cabellera es larga, y partida sobre la frente al uso de los godos. Según puede colegirse completan su vestido calzas muy ceñidas, borceguies, y un guante de manopla para coger el alcon. En otro capítulo se ve á Fafila luchando con el oso. En este su traje es una túnica corta formada de malla muy gruesa ó laminillas de acero; y en la cabeza un almete ó morrión muy extraño y tosco que cubre casi todo el rostro, y solo deja para ver un agujero en forma de ojo (1). Lleva manopla, y abraza un gran pavés, al que se abalanza el oso en la postura que Sandoval nos dice. En el tercer capítulo hay multitud de figuras que parecen monteros ó cazadores en derredor de una fiera de forma fantástica, semejante á un grifo que entre sus inmensas fauces tiene cogido un hombre, del que no se alcanza á ver sino una pierna. En todas las columnas de la capilla mayor se ve repetida la historia de la triste montería de Fafila, pues sus adornos consisten en osos, cazadores con lanzas ó espadas y cornetas, etc. Todas estas figuras se conservan con la mas cabal integridad, y al examinarlas detenidamente, no podemos calificar de exagerados los elogios que el ya citado Sandoval les tributa en el siglo XVI cuando nos dice que «don Alfonso I y su muger Ormesinda edificaron esta iglesia de tan linda cantería, y tan bien labrada, que parece se acaba de hacer, habiendo pasado ya 869 años.» El apreciable escritor y juicioso crítico Risco, sustenta la misma opinión de dudar estas notabilísimas esculturas de la época de Alfonso el Católico, y esta es suficiente para que siga mereciendo la distinguida consideración que les conceden los historiadores, anticuarios y arqueólogos, pues son

(1) La autenticidad de estas figuras la encontramos hasta en los historiadores arabes que describen el traje de los guerreros de Alfonso el Católico; entre otros El Laghi dice: «Llevan la cabellera larga y tendida con una birreta ó morrión tosquisimamente ananzado al cuello con una correa, etc.»

al mismo tiempo que una muestra del estado en que se hallaban las artes, el tipo de los trajes civiles y militares de aquella remota época.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

La desposada de Amor ó la nueva Psiquis (1),

FRAGMENTOS.

En dobles velos de amaranto y gualda
envuelve el sol su refulgente faz,
y al partir cine espléndida guirnalda
al horizonte del inmenso mar.

Lánguido el Euro en las dormidas olas
apenas mueve su cerúleo azul,
mas las orna de leves aureolas
meciendo en ellas la espirante luz.

Desierta está la playa silenciosa,
y *Amia*, cual ella solitaria, vá
á adormecer su pena misteriosa
de aquella tarde en la solemne paz.

La estampa guardan de su planta breve
las arenas que lenta atravesó,
y ora la sienta presurosa y leve,
en alfombras de plácido verdor.

El valle cruza, la colina sube,
cual cerbatillo de su madre en pos;
mas ¡ay! sin rumbo, como vaga nube
que impele á su capricho el Aquilon.

Luego tras tantas vivas transiciones
de languidez y agitación febril,
repose busca y gratas sensaciones
que hagan mas blando al corazón latir.

Vedla ¡del bosque en la perene sombra
la nalla la noche, que se estienda ya,
muelle tendida en la florida alfombra
bajo el dosel de un pino secular.

Llega á besar sus plantas de alabastro
de un arroyo la linfa de cristal,
y en las orillas húmedas, su rastro
el césped guarda, que regó al pasar.

Pálido el ástro de los dulces sueños
sale á alumbrar la etérea soledad,
y la puebla de plácidos beleños
que vá esparciendo el céfiro fugáz.

Y en tanto eleva insomne Filomena
el eco débil de su dulce voz,
largo y agudo en lontananza sueña
de la cigarra el importuno son.

Amia no duerme, mas tampoco vela,
que en éxtasis dulcísimo cayó,
lánguida, cual la luna, que riela
en su alba frente el desmayado albor.

Así sumida en muerte que la halaga...
(callad, y atentos mi canción oíd,
que hora en las cuerdas de mi lira, vaga
de gran misterio esposicion sutil!)

Así, á la vista de su ansiosa mente,
evocado por su alma virginal,
aparece de súbito fulgente
el númen sacro que adorando está.

¡Al bello *Amor*, espíritu divino
del Ser Eterno eterna emanación,
al rey del orbe, al padre del destino,
en su inesfable arrobó contempló!

Cuantas bellezas la cadena enlaza
de la augusta y estensa creación,
que en su grandeza inmensurable abraza
desde el querube hasta la humilde flor,

Todas unidas forman la apariencia
de aquel sublime inesplicable ser,
cual si encerrase su divina esencia
el germen primordial de cuanto es.

(1) Las estrofas que aquí se insertan pertenecen á un poema inédito de la autora. Las obras todas de la distinguida poetisa á cuya amabilidad debemos esta bellísima composición, van á ser reimpresas en Barcelona formando colección.

de la cual iban los jóvenes á ofrecer sacrificios cuando salían de la adolescencia para entrar en la clase de hombres. Los jóvenes llevaban la barba larga, los cabellos sueltos en toda su longitud, y divididos en dos ó tres trenzas que les caían sobre las espaldas; bajábantse hasta el pecho unos bigotes espesísimos; y en vez de la capa larga de los atenienses, cubren sus tónicas con una especie de casaca muy corta, que era roja en tiempo de guerra, pero siempre desaseadísima y desgarrada. Por zapatos llevaban sandalias (en tiempo de licurgo una ley los precisaba á ir descalzos) y en la cabeza una especie de sombrero en forma de cono; andaban en silencio, con los ojos bajos y las manos metidas bajo su casquilla, y otros llevaban en la mano un palo parecido á un báculo.

Las mujeres jóvenes eran de alta estatura y de admirables proporciones: su peinado consistía en unos sombreros grandes tejidos con juncos del Carótas; su vestido, que era cortísimo, las descubría las piernas: (las mujeres casadas iban con la mayor decencia) y el motivo porque las jóvenes iban vestidas de esta manera parecía ser porque habian de aprender á bailar, á correr en el estadio, y á lanzar el dardo. Se las habituaba á estos ejercicios para fortificar sus fibras, soltar sus cuerpos, y hacerlas capaces de dar á la patria hijos sanos y robustos. Había también fiestas en que las jóvenes danzaban totalmente desnudas. También se celebraban comidas públicas llamadas *fidias*, en las que los reyes, Eforos y ciudadanos comían en comunidad. Cada uno llevaba por mes una fanega de harina, diez y ocho medidas de vino, cinco libras de queso, dos y media de higos, y algun poco de moneda de hierro para comprar carne. Dichas comidas se hacían en salas grandes donde había mesas puestas de 13 cubiertos. A la entrada de cada sala había un Espartano el más viejo, el cual advertía á los convidados que de cuanto oyesen nada habia de salir de allí: los convidados de una mesa no se mezclaban con los de otra, y ninguno podia ser admitido á ellas sin el consentimiento común, bastando la repulsa de uno solo para dar la exclusion. En estas comidas los Espartanos contra las costumbres de los otros pueblos estaban sentados sobre bancos de madera; se les servía una salsa negra y cordero cocido y cortado en porciones iguales; á veces se les daba caza y pescados, añadiendo tambien el banquete la chanza y la alegría. En dos ocasiones podían los Espartanos comer en sus casas: cuando volvían de caza muy tarde, y cuando sacrificaban á los Dioses en sus casas, y en ambos casos podían enviar una pieza de lo que habían cazado, ó las primicias de sus sacrificios á los convidados de la mesa. Mientras esta comida se presentaban dos esclavos, les hacían apurar unas grandes copas de vino hasta que quedaban embriagados, los paseaban así alrededor de la sala, les mandaban cantar escolas obscenas, y luego bailar y colocarse en posiciones indecentes. Esto lo hacían para que los jóvenes que estaban presentes experimentasen los tristes efectos de la embriaguez. También permitían el hurto con tal que se hiciese sin advertirlo el dueño de la cosa, lo que sucedía frecuentemente para que aprendiesen los ardidés de la guerra.

Entre los jóvenes había varios ejercicios guerreros. La hora en que se daba la señal de la pelea era la de medio día; inmediatamente pues, se echaban ambas partidas unas sobre otras y reñían ya á puntapiés, ya cuerpo á cuerpo, ya por pelotones, ya se mordían con toda su fuerza, y ya tambien cada tropa se esforzaba para obligar á la otra á que retrocediera y se precipitara en el Euripo. Si algun joven caía herido, no cesaba por eso el juego, sino que retiraban al herido.

Los niños habitaban en unos dormitorios cuyas camas eran de cañas, y en el invierno se cubrían para que no fuesen tan duras ni tan frías, con una especie de bello ó pelusa que cria el cardo. A la edad de siete años dejaban las casas de sus padres para entrar en aquellas casernas, y desde la de cinco empezaban á aprender la danza militar.

Había tambien ciertas ceremonias en los nacimientos. Ponían á la recién parida sobre un escudo y la daban un dardo, y luego que nació la criatura, si era varón, la colocaban los parientes sobre el mismo escudo diciendo en alta voz: «O SOBRE EL Ó CON EL.» El padre lo llevaba al Lechech, donde ocho de los más ancianos de su tribu estaban ya esperándole para verifícar su complexion. El ama de leche echaba vino en un tazón, metía en él á su cria, la lavaba el cuerpo, la dejaba cierto tiempo en aquel baño, y

después lo presentaba á los ancianos. Si en esta intorsion se resentía el recién nacido y se fatigaba, declaraban los jueces que jamás llegaría á ser un hombre vigoroso, lo reputaban por inútil á la república, y pronunciaban sentencia de muerte contra él. Era una ley y por eso mandaba la república que cada diez dias los Eforos pasasen revista á los niños, los cuales habían de estar desnudos para examinar su constitucion. Los que eran sobradamente gordos, debían ser castigados y condenados á una multa.

Los espartanos sobresalían en el salto, pues saltaban más de 23 pies. Los cobardes y fugitivos estaban escludidos de todo cargo, y era vergonzoso casarse con sus hijas, ó emparentar con ellos de cualquier modo; cuantos los encontraban podían apalearlos; vivían precisados á llevar vestidos muy sencillos y remendados de diferentes colores, y lababan de llevar afeitada la mitad de la barba y dejar crecer la otra mitad.

Celebraban una fiesta anual á Diana Ortia, cuyo templo estaba en la calle de Limnea. La estatua de la Diosa era de madera y muy pequeña. Ponfianse los sacerdotes junto al altar, y uno de ellos decía en alta voz: «Hagamos las libaciones y oremos.» Acabada la oracion, traían las víctimas sobre cuyas frentes ponían los sacerdotes una torta amasada con harina de cebada y con sal, y derramaban vino sobre sus cabezas; quemaban sobre el altar palos de liguera y de mirto, arrancaban pelos de la frente de las víctimas, los echaban al fuego, é inmediatamente los degollaban con el sagrado cuchillo. A continuacion quemaban las piernas con la leña partida y dividían las víctimas entre los Dioses, los sacerdotes y los que las presentaban: la de los Dioses quedaba consumida por las llamas. Concluida esta ceremonia, mandaban llegar á los niños, que eran los héroes y víctimas de la fiesta. Presentábanse varios de estos de edad de siete años, y los seguían otros tantos esclavos con varas; colocábanse todos en medio del templo; acercábase á ellos una sacerdotisa que llevaba en sus manos la estatua de Diana, y la levantaba lo más alto que podia. Entonces los ejecutores empezaban á dar á los niños multiplicados golpes con las varas. Aquellas víctimas inocentes y tierros los recibían sin arquear siquiera las cejas, ni proferir la más leve murmuracion. Sus mismos padres, ya con señas, ya con amenazas, ya con palabras, los exhortaban á la constancia, y á que se desasen desollar sin proferir ni una queja, y aunque corriese la sangre resonaban todavía los azotes. Si se moderaba el ardor de los verdugos, la sacerdotisa que lo echaba de vez, exclamaba de esta manera: «No puedo sostener más la estatua.» A este grito que era de reprobacion para los esclavos, como si se les echase en cara su tibieza, se animaban de nuevo y se sucedían los golpes con más vigor y frecuencia hasta que quedaban sus cuerpos sangrientos y despedazados.

Causa horror el referir hechos tan indignos de la especie humana y que la degradan enteramente. Pero no fueron extraños en una gente ignorante hasta lo somo, y que prohibía el aprender las ciencias. La ignorancia oscurecía en ellos el amor que debían á sus hijos, según lo prescribe el derecho natural, y cuyos efectos se experimentan para confusion de tales hombres en los seres destituidos de la racionalidad. Venzamos, pues, la ignorancia, procuremos adquirir mas y mas la civilización, y entonces brillará en nosotros con todo su esplendor ese don precioso que nos hace participantes de la Divinidad, y por el cual nos distinguimos de los otros seres criados para la tierra.

DE LOS SENTIDOS.

He aquí clasificados los sentidos, tal como la naturaleza parece haberlos colocado en los hombres, en los cuadrúpedos y en los pájaros; es decir el orden según el cual se afectan mas sensiblemente los diferentes órganos de los sentidos en aquellas tres especies.

En el hombre el tacto es el sentido más perfecto, el gusto el segundo, la vista el tercero, el oído el cuarto, el olfato el último. En los cuadrúpedos el olfato el primero, el gusto el segundo, la vista el tercero, el oído el cuarto, el último el tacto. En los pájaros la vista el primero, el oído el segundo, el tacto el tercero, el gusto el cuarto, el olfato el último.